

ARTÍCULO

PROLEGÓMENOS A UNA EROTOLOGÍA SIMBÓLICA

Edgar Morales Flores

Profesor de Filosofía, en la Facultad de Filosofía y Letras (UNAM).

edgarmo@servidor.unam.mx

PROLEGÓMENOS A UNA EROTOLOGÍA SIMBÓLICA

Resumen

El presente artículo pretende abordar principalmente los aspectos ontológicos problemáticos del erotismo, uno de los campos menos trabajados de este tema, y analizarlos a través de sus relaciones con el pensamiento simbólico y algunos elementos de fenomenología de la religión. Se defiende la idea de que en el sujeto erotizado se fracturan las formas vigentes de constitución de lo real y por lo mismo se abre la vena de un imaginario fantástico, fuente fenomenológica de las formas. Parte de la reconstrucción erótica de la realidad es la conciencia de que todo signo-objeto es relativo a sistemas simbólicos en donde la mentalidad dualista es requerida, y frente a la cual el erotómano toma una dolorosa distancia existencial abismada en el carácter fundamentalmente ambiguo de lo real.

Palabras clave: Erotismo, mística, eros, simbolismo, realidad.

PROLEGOMENA TO A SYMBOLIC EROTOLOGY

Abstract

This paper will mainly approach the ontological, and problematic, aspects of eroticism, one of the least explored fields of this subject. This is analyzed through its relations with symbolic thought and some phenomenological factors of religion. The main idea is that the actual forms of reality's constitution are damaged in erotized individuals, hence fantastic imagination- a phenomenological spring of forms- explodes into existence. A part of this reality's erotic deconstruction is the understanding that all object-signs are related to symbolic systems where a dualistic mentality is required; the erotomaniac individual puts a painful distance between himself and the fundamental vagueness of reality.

Keywords: Eroticism, mysticism, eros, symbolism, reality.

INICIO

Cualquier análisis sobre *lo erótico* debe tener en cuenta los significados simbólicos que los antiguos griegos codificaron en la entidad mítica *Eros*, y esto pronto nos conduce a un campo problemático pues no existe una mitografía sencilla de esta divinidad; en el apelativo *Eros* se empalman varios perfiles, es el huevo primario de la Noche que alberga la dualidad uránico-telúrica, y es también, junto al Caos, el origen de todo; adquiere formas tanto de agraciado efebo como de infante de engañosa indefensión¹; y así como parece burlar los signos del tiempo también parece trascender el espacio ya que es un deambulante profesional y, según Platón, un demonio ubicuo entre dioses y hombres². Su función es operar todos los mecanismos del deseo, por eso se le emparenta con Hímeros y Pothos³, y se le asigna una condición ambigua que mezcla el placer con el dolor.

En función de esto es triste saber que para nosotros sea moneda corriente asociar el *erotismo* con los placeres corporales, con el ámbito sexual y, de manera particular, con el dominio genital. Esta especialización del término denota la pérdida de su riqueza heurística original y un consecuente empobrecimiento semántico, lo que antes unía nominalmente el cielo y la tierra se ha hecho ahora exclusivamente pedestre. Y no se trata de desagarrarse las vestiduras ni de exorcizar puritanamente el término, se trata sólo de expresar inconformidad con la cosificación fragmentaria de un significado originalmente polisémico y simbólico.

Por tal razón la construcción de una *erotología* puede resultar ingrato, los términos del léxico erótico están sometidos inexorablemente a la manipulación vulgar, y una larga cadena de proyecciones afectivas construyen y deconstruyen aquello que intuimos como *lo erótico*. Por ejemplo, podemos encontrar en algunos escritos pertinentes al campo frases como las siguientes:

- Lo erótico es el dominio de lo demoníaco⁴
- El genuino erotismo es aquel que lleva a lo divino⁵
- El amor es el sentido de la existencia⁶
- Las pasiones amorosas enferman el alma⁷

Resulta obvio que se trata de pseudo proposiciones, si lo que les demandamos es un reporte denotativo ajeno a la valoración subjetiva, por supuesto, pero este tipo de frases en su conjunto muestran un hecho: los seres humanos valoramos los sentimientos, y parte crucial en este horizonte son los afectos eróticos, los cuales, junto a los prejuicios de índole puramente intelectual, colaboran en la semantización del mundo y, digámoslo así, ayudan a construir el material fenomenológico de la realidad.

¹ Se espina con las rosas, lo pican las avispas... pero aterran sus caprichos y nunca deja de ser un dios enormemente poderoso.

² Cualidad que también se expresa haciéndolo hijo de Hermes.

³ El Deseo y la Nostalgia

⁴ Cf. BATAILLE, George, *Las lágrimas de Eros*, Tusquets, España 1997, cap. 1, sección: *El erotismo, la muerte y el «diablo»*.

⁵ Cf. EVOLA, J., *Metafísica del sexo*, José J. de Olañeta, España 1997, *passim*.

⁶ Frase usual en casi todo material religioso y manuales de superación personal.

⁷ Frase que podemos encontrar, *mutatis mutandis*, en textos de estoicos o ascetas.

Lo erótico entre la fenomenología y la semántica

Es una tentación recurrir aquí a las premisas de la fenomenología estándar; es imposible, por ejemplo, confiar en que lo que llamamos *realidad* sea algo completamente ajeno a nuestras creencias y, añadamos ahora, de nuestras afecciones. Los objetos giran alrededor del sujeto, son aprehendidos en la medida que los marcos de prejuicios los posibilitan, y de esta manera juzgamos la realidad en función de moldes subjetivos.

Por otro lado, la fenomenología, al menos desde Hegel, nos enseña que existe siempre una co-implicativa relación ontológica entre sujetos y objetos, i. e. el *sujeto* lo es en la medida que adquiere un estatuto identitario en función del sistema de *objetos*, y éstos a su vez lo son en relación a la *subjetividad*. Pero el proceso es complejo y rebasa las acotaciones del solipsismo, los problemas fenomenológicos conducen a la dinámica de lo intersubjetivo al grado tal que podemos afirmar que la realidad, tal como la vivimos, tal como la comprendemos, es un constructo social. La realidad se mantiene gracias a la red de significados que compartimos intersubjetivamente, de ahí que el lenguaje sea una especie de columna vertebral de lo real, pero el lenguaje no es sólo lo que los lingüistas profesionales estudian, no es sólo un sistema de signos y reglas sintácticas, es también una red de significados a través de los cuales el *mundo* se sostiene.

El léxico amoroso, debe entenderse, concreta significados transubjetivos y permite cierto grado de entendimiento en las connotaciones de sus términos. Cada época, cada cultura, cada comunidad, genera un *juego de lenguaje* que permite a los hablantes manipular las referencias semánticas de los términos sentimentales, y por supuesto, no existe un *juego de juegos*, es decir, está vetada la posibilidad de establecer una *metafísica del amor*. La ambigüedad y relatividad con la que funcionan las palabras afectivas son parte *constitutiva* de las mismas, y más aún, muchas veces determinan los mecanismos de funcionamiento de las relaciones amorosas. Esto no quiere decir que el horizonte de lo erótico se reduzca a sus operaciones lingüísticas, no, más bien que lo erótico, en cuanto es un fenómeno social, requiere cierta estabilidad de significaciones, de otra manera sería imposible la *comprensión* entre los amantes.

Además existe un agravante en este terreno, parece sensata la petición de pertinencia denotativa en cualquier empleo del lenguaje, ¿qué denotamos, por ejemplo, con la palabra castellana *enamoramiento*?, ¿un particular estado neuronal?, ¿un bajo índice de serotonina y altos índices de feniletilamina? Las explicaciones fisicalistas pueden presentarnos cantidad de soluciones, pero ¿realmente existe el *enamoramiento*?, ¿qué pasaría cuando todas las condiciones corporales se cubren pero, por ejemplo, no hay referencia externa? Detrás de estos bemoles ontológicos existe la plataforma social que permite el uso de la ambigüedad y a su vez cierto nivel eficaz de comunicación. Es en la gran variedad de comunidades sociales que cobran tal o cual significado los términos del léxico amoroso, y es difícil, a menos que se trate de psiquiatras, que los hablantes utilicen términos técnicos para referirse a sus experiencias emocionales. Esto nos lleva a pensar que el léxico de la amatoria está compuesto de términos no naturales, referentes imprecisos y significados no susceptibles de reducción eidética.

Por eso resultaría jocoso escuchar los indignados reclamos ontológicos de los epígonos del positivismo, la escolástica o el romanticismo. La erotología que proponemos no pretende llevar a cabo ninguna develación de la *naturaleza* del amor, no busca los significados correctos, no pretende llevar a cabo una *fenomenología* (si por ésta se entiende una búsqueda de las esencias). Debemos contentarnos con apuntar sólo algunas ideas básicas, principalmente la que nos convence de la ambigüedad radical en la que se originan los términos amorosos, ambigüedad originaria y póstuma, sólo interrumpida ligeramente por la cosificación semántica de la que echan mano las comunidades amorosas para su comunicación.⁸

⁸ Letristas de boleros, adolescentes en una fiesta, predicadores en homilías...

SUBJETIVIDAD Y COSIFICACIÓN

La cosificación de significados, en efecto, es un fenómeno necesario para la reproducción y sobrevivencia de las distintas formas de vida, y responde a valoraciones que los sujetos vuelcan al *mundo*, damos nuestra aprobación a determinadas prácticas y reprobamos otras. La proyección subjetiva es tan obvia que los testimonios de su representación, al procurar claridad, se tensan entre dos puntos, la aprobación dichosa de ciertos usos del sentimiento amoroso y la reprobación amarga de otros. Este mecanismo está en la base de la sustantivación de lo adjetival primario, por ejemplo, en sociedades de matriz monogámica quien tiene relaciones extramaritales es llamado *adúltero(a)*, pero esta palabra no puede vivir en el léxico sin la asociación a un estado emocional reprobatorio, es decir, este sustantivo es significado con una carga adjetival extra de tal manera que sería una *contradicción* hablar de un *adúltero bueno*.⁹

La vida en sociedad supone un derrotero funcional que obliga a sus integrantes a una adecuación óptima en el sistema de reglas, y se espera que las instituciones nucleares tengan éxito en la inoculación de los significados en que descansa la sociedad. El mundo interno de los sujetos es lo que menos importa, las subjetividades marchan en la palestra del sacrificio y dan su sangre amorfa al sistema para ser recompensados con un molde, los individuos se convierten en *personas*, i. e. en personajes definidos por y para sus funciones en el sistema de reglas. Vivir en sociedad es vivir en la red de significados incrustados en el lenguaje corriente cuyos términos constituyen los ladrillos ópticos de ese gran feudo que los protege y al cual deben servir.

Es impensable que pueda hablarse de *realización*, o como gustan decir los ontólogos tradicionales, *actualización*, de los seres humanos fuera de sus respectivos sistemas de significado, por ejemplo, en nuestra sociedad se espera que las personas formen matrimonios heterosexuales monogámicos y tengan descendencia, es ahí donde encajan palabras axiomáticas como *matrimonio*, *esposo(a)*, *fidelidad*, *amor*, *familia*... auténticas palabras que se convierten en índices de realización de las *personas* a través de las cuales medimos la felicidad de los sujetos. Estas palabras—índice son las lápidas que adornan las tumbas de las subjetividades, y es tal su presión que la mayoría de las personas prefieren una conciencia asfixiada pero cómoda a llevar a cabo una ardua reeducación—deconstrucción de sí mismos, al fin y al cabo la mayoría respira a través de las máscaras que los definen.

Como concluían algunos estructuralistas franceses hace ya unas décadas, la identidad de los sujetos está condicionada por el cruce interactivo de varias estructuras sociales (familiares, económicas, lingüísticas, semánticas...) al grado tal que se puede poner en duda la *subjetividad* como algo natural en los seres humanos. Por supuesto, haciendo eco de añejas doctrinas místicas, el *yo* puede ser considerado una entidad ilusoria a cuyo carácter amorfo se opone el proceso de *personalización* al que obliga la vida en sociedad, es decir, a la *inexistencia* fontal de lo subjetivo se opone la *realidad*, la *objetividad* de un mundo plagado de funciones y significados.

A este horizonte ontológico, opositor permanente de lo *fantástico*, podemos llamarlo horizonte del *nomos*, es el mítico *cosmos* que ha vencido las fuerzas del caos, el triunfo de la necesidad de orientación, de la dependencia de sentido(s) y, en una palabra, el *mundo*. Las relaciones amorosas cobran *sentido* sólo cuando son vividas en el marco del *nomos*, ahí encuentran su *bienestar*, fuera del *nomos* tales relaciones se experimentan como absurdas y caóticas, no cabe esperar otra cosa, la naturaleza cultural del ser humano le impone demandar *significados* a sus acciones, así, cualquier relación amorosa implica un cálculo de esfuerzos y una perspectiva de posibles éxitos, el *nomos* es la carne del amor significativo.

⁹ Como también hablar de una *puta santa*, un *pederasta respetuoso* o un *místico lubricio*.

SENTIDO, SENTIDOS Y DECONSTRUCCIÓN MÍSTICA

Las relaciones amorosas exitosas confirman la viabilidad del proyecto cultural, parejas felices, familias funcionales, hijos obedientes, sociedad integrada. Las palabras *buenas* bautizan tales entidades como esencias y exorcizan los demonios del cambio, el mundo persigue, inexorablemente, un ideal de inmovilidad y certera predicción. Sin embargo no todas las experiencias amorosas caben con facilidad en el léxico cosificante, las formas de lo erótico impredecible suelen desparramar las copas semánticas de la cultura, la variedad de las experiencias amorosas se enfrenta a la pedestre economía de los signos que las simplifica utilizando mamparas cuadrículadas, ésta es la tragedia de lo erótico, la obligación a responder a regímenes esquizoides que huyen aterrados de lo amorfo.

Las experiencias amorosas pueden apuntar en direcciones distintas a las consagradas por los patrones culturales imperantes, pueden oponerse al sentido y encaminarse al lado opuesto, e incluso pueden no apuntar a nada en absoluto, pero la *realidad*, que supone una domesticación de la subjetividad amorfa, genera ilusiones diáriticas, i. e. opositoras entre el dominio de lo bueno y de lo malo. El erotómano es, por necesidad *ontológica*, un factor de impureza que amenaza con la polución de lo amorfo y con la dispersión de un ácido escepticismo disolvente de las cosificaciones con las que trabaja el sistema llamado *mundo*. Claro, hay en todo esto algo de *romanticismo* heroico que hace del sujeto erotizado una especie de encarnación del *élan vital*, pero si por *héroe* entendemos al ser que ha vencido al *dragón* y abierto las posibilidades de *optimización*, de *mejoramiento*, de *superación*, de *revolución*, *libertad*... resulta obvio que nuestro erotómano es un antihéroe, no hay que esperar de él la tabla de los diez mandamientos, ni la develación de la verdad, ni el sendero a nuestra realización como personas. Los sujetos anegados en las pasiones eróticas difícilmente pueden *conducir*, o *conservar*, su propia existencia, se muestran, una y otra vez a lo largo de la historia, como *sobrevivientes* pesimistas que mueren porque no mueren, que han deconstruido su identidad y quedado absortos en la contemplación del vacío.

Y esta forma de expresar la experiencia del erotómano no es sólo retórica estilística de quien esto escribe, las contundentes resonancias armónicas que posee el erotismo con la mística son significativas. En un documentado análisis de mística comparada se dan las siguientes características de la *piEDAD mística*¹⁰:

- Niega (o ignora) la persona humana, el mundo y la sociedad
- Afirma a Dios como unidad indiferenciada
- Se realiza en las formas del éxtasis
- Se propone como ideal la huida del mundo
- Tiene una espiritualidad femenina
- Busca la disolución del individuo en lo absoluto
- Es individualista y acomunitaria

No hay duda en la sincronía en que se encuentran el místico y nuestro erotómano, ambos pertenecen a ese océano amorfo donde los significados son silenciados y en donde se desdibuja el perfil del *mundo*, ambos retornan al legendario caos primario del que nacen todos los cosmos, su compartida ambigüedad es síntoma de descosificación pues al ser refractarios al gravamen de la determinación ontológica reivindicán, por decirlo así, la explosión de las formas y el desasolve del río de las posibilidades. Pero esta riqueza subjetiva es proporcional al empobrecimiento de la identidad, el pandemonium de lo imaginario conduce a la pérdida de identidad, los nexos con la realidad se resquebrajan, el antaño suelo firme de los significados se fractura y ya no se posee más el caro sentido de orientación, el lenguaje pierde su eficacia y sólo deja una nostálgica sintaxis incapaz de mantener la isomorfía con el mundo.

¹⁰ VELASCO, J. M., *El fenómeno místico. Estudio comparado*, Trotta, España 1999.



Imagen 1 William Blake, *Unio Mystica*, 1800.

COINCIDENTIA OPPOSITORUM

Acerquémonos más, podemos pensar *prima facie* que el místico es el amante del espíritu y el erotómano de la carne, pero, como hemos dicho, no está justificada la escisión de lo espiritual en el horizonte de lo erótico, y debemos añadir ahora, para evitar los clichés usuales, que el místico depende de los signos corporales y que su deseo por lo sacro es un escándalo lubricio. No debe sorprendernos que abunden los intentos de purificar el eros místico de todo lastre material, como si fuera realmente posible creer que existe en nosotros algo que escapa al dominio somático y desde lo cual se puede acceder a la otra dimensión, a la hipóstasis de lo verdaderamente real (sic).

Dejemos estas concepciones a los teístas de cuyas premisas podemos fácilmente prescindir; separar con contundencia el dominio espiritual del dominio carnal supone la prolongación afirmativa de los prejuicios ontológicos en que se sustenta la *realidad* y da por bien asentada la confianza en un esquema diairético simplista. En vez de esto propugnamos por un *hilemorfismo erotológico* en donde lo místico es impensable sin lo erótico y viceversa, de hecho ¿hasta dónde se justifica hablar por un lado de místicos y por otro lado, el contrario, de erotómanos?, ¿no responde tal distinción a la categorización cosificante con la que el lenguaje corriente nos obliga a comprender la realidad?, ¿no pueden ser vistos como sustantivos ya preñados axiológicamente?

Y aunque sea tarea ardua, pues se interponen añejas tradiciones conceptuales que han determinado y diferenciado la *naturaleza* de las cosas, la brecha que separa al místico del erotómano debe ser acortada y así formar una gran comunidad *coincidentiae oppositorum*: sentar a San Juan de la Cruz en la misma mesa que el marqués de Sade, al escritor del Cantar de los Cantares ponerlo a beber vino en la cratera de Dionisos, y a un escritor tan eróticamente desenfadado como Ibn Hazm retratarlo junto a la levitante figura de Ibn Arabi, pues la mística descarnada sólo existe como ideal diairético que ejerce su presión desde la semiósfera sostenida por las palabras—índice (Dios, alma, salvación...)

No existe, más que en términos dogmáticos y por intereses axiológicos, una mística **genuina** ajena a las *patologías eróticas*. Quienes insisten en separar experiencias místicas buenas de malas son las mentes esquizoides que nomizan este terreno separando lo unitario de lo diseminado, lo apacible de lo pasional, lo virtuoso de lo deshumanizante, o como lo expresa William James, lo sano de lo demoníaco:

*In delusional insanity, paranoia [...], we may have a diabolical mysticism [...] this time the emotion is pessimistic: instead of consolations we have desolations; the meanings are dreadful; and the powers are enemies to life.*¹¹

Y hay quienes pretenden eliminar el desorden latente en las enseñanzas místicas apelando a un criterio ético capaz de vetar toda sensualidad erótica de aquellas, pues sólo *la moral juzga y guía la vida mística*¹². Si esto es cierto la mística debe entenderse en relación a su capacidad de fortalecer los nexos intersubjetivos nomizados, incapaz de abrir posibilidades distintas de comprensión de lo erótico y de despreciar aquellas que las instituciones tradicionales divulgan. Pero si tenemos presentes, aún de forma mínima, las características comunes que se imputan a las enseñanzas místicas, lo anterior parece más bien una *reductio ad absurdum*.

La experiencia mística, o numinosa¹³, posee una contundente vocación por lo amorfo y esto conlleva el sacrificio de las formas ontológicas imperantes, de la moral vigente y de la religiosidad vulgar. No hay forma de construir una imagen justa del misticismo si de él excluimos enseñanzas cruciales potencialmente anómicas como la deconstrucción del sujeto y del objeto, la desconfianza en el poder de las virtudes, la experiencia de estrechez del lenguaje, y el escepticismo galopante que huye del *conocimiento*. ¿Cómo olvidar que para el místico *no hay ley*, que su camino es el marcado por las señales *nihil, nihil, nihil, nihil* y cuyo desideratum está envuelto en una espesa nube de tinieblas?

Voilà, mística y erotismo conmutan fácilmente propiedades (que la racionalidad esquizofrénica insiste en distinguir), entre ambas se da un intercambio simbólico de fuerzas que permite dar nobleza al cuerpo y salvar del ridículo el cultivo de la vida espiritual. Y no se trata de la mera implicación en una dicotomía relacional (como blanco—negro, bueno—malo, alto—bajo, etc.), nos negamos a prolongar el prejuicio que hace de lo místico algo bueno, pues es espiritual, y de lo erótico algo malo, pues es carnal. No, no se trata de la implicación de *opuestos* (aunque resulta sintomáticamente interesante que la mentalidad esquizoide vulgarizada asuma que *los opuestos se atraen*), ni el erotismo ni la mística son *a priori* buenos o malos, no son los términos opuestos de un campo bipolar. Muy lejos de esto, ambas palabras denotan un campo resistente a la prolongación de las tesis dualistas, territorio insumiso a la intencionalidad valorativa, la zona donde la realidad transubjetiva se desvanece haciendo imposible la confianza en las categorías *objetivas*.

La guía roji de los signos—objeto

Hagamos ahora un pequeño rodeo por algunos problemas de carácter ontológico de necesario abordaje para la construcción de una erotología simbólica. *Realidad* es un término exageradamente complejo, en él depositamos nuestras intuiciones de aquello que parece no depender de nuestras categorías o sentimientos, pretendemos, cuando usamos tal término, que nuestros prejuicios sean arbitrados por referencias estables, y en esta empresa se va la vida de los significados ostentados por ciertas palabras.

¹¹ JAMES, William, *The Varieties of Religious Experience*, Fontana Library, London, 1971, p.410 (cursiva de W. James).

¹² TESSON, P., *Sexualité, morale et mystique*, citado por G. Bataille, *El erotismo*, Tusquets, México 1997, p.313.

¹³ Neologismo de Rudolf Otto en *Das Reilige*, 1917.

Pero es claro, como hemos dicho arriba, que la asepsia ontológica es difícil de lograr, y que nuestra conciencia de *lo real* es justo eso, *conciencia*, vida subjetiva que *contamina* lo que parece objetivo; y no hay vida subjetiva ajena a la construcción social de la misma, la materia amorfa que es la subjetividad sin participación social es *formada* por los significados compartidos en redes lingüísticas en donde se han calcificado las referencias ontológicas.

El único ser vivo que sabemos que se pregunta por lo real, el ser humano, es el único que modifica semánticamente la realidad, situación trágica si añoramos una relación *directa*, completamente animal, con el entorno. *Realidad, mundo, objetividad...* dependen de construcciones culturales, de juegos lingüísticos relativos a comunidades diferenciadas, y los léxicos científicos contemporáneos no sirven de mucho para calmar nuestra nostalgia de inmediatez pues sobre todo ellos, los lenguajes más técnicos, muestran una dependencia relativa a los sistemas proposicionales de las teorías vigentes.

Entre el hombre y la naturaleza biológica se interpone una franja de artificios culturales y pareciera que la única predicación antropológica naturalista válida sea la de que el hombre es antinatural por naturaleza, es decir, que el contacto que mantiene el ser humano con su entorno y consigo mismo ha dejado de ser inmediato hace ya varios miles de años (o sea, cuando no era lo que es). *El mundo* que vive el hombre es el resultado de una dilatada manipulación del entorno a través de signos que generan atmósferas semánticas; todos los fenómenos humanos, incluidos los amorosos, están sujetos a una enorme *presión semiósfera* que otorga al conjunto de signos—cosas una distribución sistemática y un comportamiento más o menos predecible.

Esta semiósfera, corrientemente llamada *cultura*, aglutina signos imantándolos según su vulnerabilidad semántica, y el *sistema de objetos* resultante obedece a un orden entrópico general de temple bipolar en donde los subsistemas de signos—objetos encuentran una cómoda *orientación*. Tal es el caso de los subsistemas de signos que conforman el dominio de lo erótico; toda mitología amorosa confirma el afán de orientación al que son sometidas las pasiones eróticas, los juegos de *Eros* están regulados por las distintas semiósferas y por su implacable distribución bipolar de signos—objetos.

Nos resulta imposible regresar al momento en que nuestra especie no *amaba* y sólo se reproducía de acuerdo a patrones que podemos aún observar en los primates superiores: la égida de los ciclos de celo, la poliginia, la competencia por el apareamiento con el mejor espécimen, el macho alfa, la penetración fálica como expresión de dominio... Todo esto también nos pertenece, lo llevamos en la memoria corporal, no es necesario que nos convenzan los etólogos de nuestras deudas filogenéticas, pero sería absurdo, por ejemplo, intentar comprender el *Cantar de los Cantares* o el *Roman de la Rose* sobre la exclusiva plataforma de la *animalidad*.

PREHISTORIA DE EROS

La pérdida de la inocencia inmediatista de nuestra especie se dilata a través del paleolítico, los datos con que contamos para reconstruir la psique prehistórica son aún fragmentarios, y esto se agrava cuando intentamos iluminar el nacimiento de la conciencia erótica; se nos escapa la empatía con el ánimo de los ancestros y pareciera que nunca conoceremos la abismal oquedad de su extrañamiento ante los misterios de una materia corporal con la que apenas se identificaban, su capacidad de concentración en el rostro del otro, la aparición del pudor en el acto copulativo, las primeras pasiones *amorosas*, el surgimiento de las concomitancias del placer genital.



Imagen 2. Korie, *Atopia*, 2004.

Hubo un momento en la evolución de nuestra especie en donde ya no vivíamos la relación sexual sólo compelidos por esa brutal fuerza del elegantemente llamado *instinto de reproducción*. Nuestras relaciones eróticas se volcaron en la semiósfera de una conciencia problemática, los fantasmas del significado comenzaron su atosigante labor. La atracción sexual paulatinamente adquirió nuevos rasgos, se encastró en el sistema de signos y así fusionó su dinámica con problemas simbólicos que poco o nada tienen que ver con la *naturaleza*¹⁴.

Los falos erectos, los senos prominentes, las caderas enormes, signos neolíticos de marcadas preocupaciones, por lo menos estilísticas, expresan *algo más* que a sí mismos, fueron y siguen siendo signos puentes que invitan a estados alterados de conciencia semántica. Lo *real* dejó de ser el entorno físico y/o el cúmulo de impresiones agolpadas en los sentidos, y pasó al dominio de lo representado, el mundo *externo* se circunscribió en el *interno*. Una Venus esteatopigia, por ejemplo, es mujer—placer, mujer—madre, mujer—Tierra, mujer—vida, mujer—no mujer, incluso no requiere rostro, no es un simple *toro*, no es un *cuerpo*.¹⁵ La belleza aquí grita como recién nacida, la atracción libidinal se tamiza con las formas, los estímulos olfativos o táctiles ceden ante la aurora de la Imagen.

En este arranque somnoliento de nuestra especie son apenas asibles las nuevas preocupaciones simbólicas, por ejemplo la asociación entre la *culpa* mortuoria del cazador de bisontes y la marcación de la zona genital; el trabajo de transformación del *entorno* en *mundo*, eje vertebral de la nueva situación humana, modificó sustancialmente las pulsiones eróticas, la exigencia de eficacia y orden llevará a la sexualidad a una división profunda, habrá un uso *correcto* (útil) y uno *corrupto* (inútil) de la misma; las incipientes políticas demográficas de expansión aritmética del clan se opondrán a los usos alterados del placer aislado (el sentir rico es sustituido por el sentir útil). El trabajo técnico implicó la transformación radical del cuerpo humano en algo distinto a sí mismo (*sic*), desde entonces asistimos a la modificación de sus funciones *naturales*, v. g. el falo erecto ya no se blande frente a una hembra para penetrarla, ya no es sólo el producto de una excitación condicionada por las hormonas de una especie que desea perpetuarse, es algo más, es el signo de una anastomosis simbólica que da pié a expresiones itifálicas sometidas a brutales presiones semánticas.

¹⁴ No obstante hay que mencionar que algunos científicos en recientes años se han dado a la tarea de re naturalizar conceptos tales como *amor, belleza, enamoramiento...*

¹⁵ El *otro externo* se subordina al *otro interno*.

LA BIPOLARIDAD DE LA SEMIÓSFERA

La *realidad*, como hipóstasis externa, nos queda lejos, nuestra relación con el *mundo* es una relación con *lo imaginario*, con el sistema de signos—objeto. Nacemos, vivimos y nos reproducimos bajo el gran *domo magnético* de la semiósfera; nuestra segunda naturaleza, el dominio de los significados, nos impone un sistema de imaginación dualista al grado tal que nos resulta imposible desembarazarnos del dualismo y seguir perteneciendo al *nomos*, i.e. al *mundo*.

Pero distingamos por lo menos dos niveles cuando hablamos de *dualismo*, el primero, el más importante, es de carácter general e intrínseco a las sociedades nomizadas; el segundo nivel, al que pertenecen la mayoría de acepciones cuando se emplea este término, es de carácter subsistémico relativo a conjuntos particulares de signos. Entre el Dualismo y los dualismos por supuesto existen múltiples cooperaciones, se implican mutuamente, pero el Dualismo puede sobrevivir sin las formas concretas de los signos pues, de alguna manera, él representa lo simbólico por antonomasia, y lo simbólico, como veremos, prescinde de la *intensión* semántica y depende siempre de un remanente de significación indeterminada.

Habrán quienes supongan que a las tesis dualistas se les puede oponer las apologías monistas o pluralistas, que el mundo es más complicado que su reducción a dos principios, que la hipóstasis de dos principios ontológicos da pie a aporías insalvables... pero situarse en el plano de tales objeciones supondría la incompreensión de la naturaleza del dualismo no concreto que hemos bosquejado. No se trata aquí de esquemas simples o acartonados, por el contrario, el dualismo al que nos referimos tiende a encriptarse en imágenes monofisistas y dar una consistente apariencia de unidad al cosmos, pues tal es su empeño primario. Pero, como gustaba enseñar a los viejos pitagóricos, el uno engendra al dos, es decir, el deseo de unidad da origen a la dualidad; el obelisco que yerguen las culturas, al signar su afán por esa unidad privilegiada en donde se hermanan todos los valores, engendra su propia sombra, el deseo de *bienestar*¹⁶ engendra el miedo a lo teratológico: el mal, la mentira, el desamor...

La conciencia que toma nota del mecanismo bipolar del mundo, como sistema de signos, es requerida por nuestra erotología; no hay manera de hacer justicia hermenéutica a la amatoria si las descripciones míticas, literarias o filosóficas del horizonte de *eros* quedan *saneadas* del dualismo. Las expresiones eróticas se sostienen en la red de significados escanciados por los procesos civilizatorios, y estos son imposibles, como tales, sin la erección de conjuntos de reglas que posibiliten la transformación de lo subjetivo en *nomos*.

Con cada proceso social de nomización el problema del *sentido* se implanta, y con él aparece, por resonancia inversa, un *contra-sentido*, o mejor dicho, múltiples opciones de lo *inverso*, transposiciones del sentido imperante que amenazan con desatar el poder devastador de la anomia. Nuestra tesis es que justamente lo erótico es una de esas amenazas anómicas que, por su virtual poder disolutivo de los artificios dualistas, queda a merced de la prepotencia *solar* y sujeto al severo juicio de las subjetividades cosificadas (*personas*) empeñadas en la consecución del *bienestar*.

Semiótica ordinativa y prelación anómica de Eros

Pero antes de extraer algunas deducciones simbólicas sobre la prelación anómica de lo erótico, en el contexto de una realidad dualizada, introduzcamos los signos corrientes que suelen encarnar la tensión bipolar de las semiósferas.

¹⁶ Entendido como el dominio del bien, la verdad y la belleza.

De entrada, la dicotomía Luz—Tinieblas es una de las expresiones más gastadas desde épocas muy tempranas, otras veces son sus análogos el Día y la Noche, y por tanto el Sol y la Luna, y de aquí es corta la distancia para llegar al binomio Calor—Frío (usualmente en relación con lo seco y lo húmedo). También son sorprendentemente atávicos, en culturas muy diversas, los cuatro elementos, las *hormonas de la imaginación*¹⁷, ordenados usualmente en dos pares de opuestos: Agua—Fuego, Tierra—Aire. Pero, ya que los signos—símbolo más importantes suelen aglutinar cantidad de significados, incluso contradictorios, debemos tolerar que los signos sean ambiguos y corran de un extremo simbólico a otro, por ejemplo, el fuego puede ser solar y luminoso, o puede ser doloroso e infernal, y las aguas pueden ser benéficas y fertilizantes, o espesas y caóticas.

Son innumerables los binomios de opuestos, cuantas culturas y épocas diferenciadas puedan concebirse tantas son las posibilidades de variación de signos, y esto se aplica no sólo a las culturas de matriz religiosa sino también a las culturas secularizadas. Y no debemos esperar que todos los signos se impliquen de igual manera en todas las formas de agrupación, una aplicación dogmática y desinformada de sus formas elementales de oposición puede conducir a erróneas asociaciones (que la historia y la antropología fácilmente desmentirían), por ejemplo, de una cultura sedentaria no sólo se derivan valores ctónicos y matriarcales, también se encadenan signos civilizatorios, patriarcales y solares; las emociones por su parte no sólo se oponen al intelecto, también existe una oposición *ad intra*, una dimensión luminosa, la dicha o la beatitud, que se opone a los sentimientos oscuros (rencor, tristeza...)

Las formas simbólicas del pensamiento son complejas y nunca dejan de evolucionar ni de extrañarnos, aun cuando nuestras conciencias hayan perdido el himen del primer asombro hace tiempo. Tal es el *humus* de lo erótico donde se fertilizan nuevos destinos imaginarios, Hesíodo tenía razón al proponer el trabajo conjunto de Caos con *Eros* como etiología de las formas, lo erótico es el caldo de cultivo amorfo donde nacen las *species* y al cual regresan por la nostalgia ontológica que arrastran.

El dominio erótico también se empalma, como vimos a propósito de la mística, con el ámbito del símbolo y del dualismo, pero no se malentienda esto, las bivalencias, semióticamente arbitrarias, pierden en este terreno su carácter de oposición artificial, se mixtifican, es decir, dejan de estar sometidas al *principium individuationis*. Es esta la principal razón por la que los signos eróticos parecieran tan contradictorios, la carne erotizada es materia cansada de vituperios guisada ahora con el aceite del espíritu, carne sacra. Es esta la condición ontológica que pretendemos rescatar al utilizar el término *erotismo*, reivindicar la ambivalencia que transforma lo simple en complejo, el cuerpo en templo y el alma en secreción, la toma de conciencia de que todo significado es relativo, toda moral, todo credo.

¹⁷ Como gustaba llamarlos Gaston Bachelard.

CONCLUSIÓN

Lo erótico es integral, le pertenece tanto el cielo como la tierra, la felicidad como el sufrimiento, lo más sagrado como lo más animal, el mundo lubricio del *porneo* y el sentimiento místico. Lo erótico licua las formas cosificadas y diferenciadas que sostienen al constructo semántico llamado realidad, las tuerce, metamorfosea o nulifica, revela la vulnerabilidad de todo sentido de orientación a través de un retorno a la primaria ambigüedad de la existencia humana.

No es de extrañar que las *experiencias eróticas* sean comúnmente relegadas al mundo de lo *patológico* y lo *fantástico*, las sombras culturales que las cubren requieren válvulas que liberen la presión de la anomia que desatan: confesarse, acudir a terapias de pareja, rezar por el amante muerto, escribir poesía, tomar antidepresivos... La desdicha acompaña a todo apocalipsis, toda disolución de lo real intimida, las subjetividades se apresuran a reconstruirse, humanizarse, todo aceptan menos la visión del vacío amorfo.

La racionalidad se convierte en el gran escudo contra la ambigüedad erótica¹⁸, no tolera la violación de los principios lógicos *trascendentales*, las contradicciones, las paradojas, los oxímoron... Pero cabe preguntar, si queremos buscar utilidad en lo *inútil*, si la erótica no podría causar una revolución dinamizadora en la noción de *racionalidad*, expandirla, quitarle los artificios ingenuos y el alcance estrecho, y así generar, con esta violación a la razón cosificada, nuevas formas de concebir la realidad, quizá vistas como bastardas y monstruosas, sin estirpe filosófica, científica o escolástica, pero como testimonios de la riqueza ontológico—heurística latente en toda experiencia erótica, y así permitir, por ejemplo, que las ciencias de la salud mental no colisionen de frente con la tradición simbólica que ha consagrado mitos como los de Gilgamesh y Enkidu, Salomón y la reina de Saba, Tristán e Isolda, Petrarca y Laura... todos ellos amores *insanos*.

La reconstrucción de lo real a partir de la anomia erótica implica también una actitud escéptica frente a todo *objeto*, la conciencia de que toda realidad gravita alrededor de símbolos, tal como vemos de forma dramática en San Juan de la Cruz quien abandonó los predicados ontológicos de su referencia teísta para preferir la idea de un *Dios sin modo*, o en el caso de Qays quien después de haber esperado locamente enamorado la unión con Layla en último momento prefiere quedarse con la ausencia amorfa.

Para ciertos erotómanos consecuentes con la amorfia de la pasión resulta muy estrecha la concreción del deseo en un solo objeto (a menos que ese *objeto* sea amodal¹⁹ o ambiguo de tal forma que permita la explosión de significados liberados del sentido imperante, en todo caso es notoria la imantación del inconsciente por el caos primario, la nostalgia por el retorno a la matriz del magma fontal polimorfo, la vocación suicida por lo inexistente. De manera obvia, *Eros* se opone a *Anteros*, al amor correspondido, a las relaciones que domestican la pasión solarizándola con el nomos en el que comulgan los encuentros felices, y es que el empalme con el Yo condicionado socialmente, modelo virtuoso de apertura al *otro* (sic) y prodigio del Sentido, es incapaz de *salvar* a las subjetividades que han sido *amodalizadas* por el absurdo deseo de retornar a sí mismas.

¹⁸ Ambigüedad primaria que debemos deslindar de las ambigüedades subsistémicas (estas sí, a toda luz, aberrantes).

¹⁹ Lo cual nos lleva a un juego de palabras pues un objeto sin modos no es objeto (como el sanjuanino *Dios sin modo*, un *Dios* que no es tal).

GLOSARIO ELEMENTALÍSIMO

Análisis simbólico. Procedimiento intelectual aún sin perfil definido a pesar de significativos avances (especialmente en semántica, psicología, antropología, sociología, fenomenología de las religiones, filosofía...) cuya premisa elemental es que todo contacto con la realidad está mediado por significados refractarios a la explicación racional.

Anomia. Estado subjetivo (y potencialmente social) que denota pérdida de confianza en las palabras índice.

Bienestar. Fin subjetivo de los sujetos nomizados.

Dualismo. Confrontación axiomática entre dos opuestos en donde un término es valorado positivamente y el otro negativamente. Se deben distinguir dos tipos: a) General, de carácter simbólico holista; b) Particulares, de oposición entre entidades semióticamente diferenciadas.

Erótico(a). Adjetivo que califica el deseo intenso y ambiguo que vulgarmente ha sido reducido a sus simples connotaciones genitales.

Erotología. Una disciplina inexistente hasta ahora que pretende analizar los fenómenos eróticos de manera sistemática e integral.

Erotómano. Aquel sujeto con experiencias eróticas existencialmente significativas.

Nomos. Ámbito de la norma y el deber; puede ser conmutado por "realidad".

Palabra-índice. Aquella que señala, de manera cosificada socialmente, la dirección en que los sujetos deben encaminarse.

Signo-objeto. Todo objeto constituyente de la realidad que encuentra significado relativo al interior de un conjunto de signos.

BIBLIOGRAFÍA

BATAILLE, Georges, *El erotismo*, España, Tusquets, 1979.

BATAILLE, Georges, *Lágrimas de eros*, España, Tusquets, 1997.

BERGER, Peter, y LUCKMANN Thomas, *La construcción social de la realidad*, Argentina, Amorrortu, 2003.

CASSIRER, Ernst, *Filosofía de las formas simbólicas*, 3 tomos, México, FCE, varias reediciones.

CAZANEUVE, Jean, *Sociología del rito*, Argentina, Amorrortu 1971.

FOUCAULT, Michel, *Historia de la sexualidad, Tomo I: La voluntad de saber*, México, Siglo XXI, 1989.

OTTO, Rudolf, *Lo santo*, Madrid, Alianza, 1985.

WITTGENSTEIN, Ludwig, *Investigaciones filosóficas*, España-México, Crítica—UNAM, 1988.